

PROLOGO

Tomé estrecha amistad con Luis Pedro Peña-Santiago durante el período que se encargó de la Sección de Etnografía de la Sociedad de Ciencias Naturales «Aranzadi», a los pocos años de reanudar la publicación de los Anuarios de Eusko-Folklore bajo la dirección de don José Miguel de Barandiarán, nuestro admirado maestro en estas disciplinas.

En la convivencia de investigaciones conjuntas comprobé su voluntad laboriosa, metódico y dinámico al mismo tiempo, meticuloso hasta la minuciosidad en anotaciones de encuestas directas, y gran observador, y sobre todo un buen compañero para realizar trabajos en común.

Esa laboriosidad he hecho posible que en po-

cos años publicara La «Argizaiola» vasca (1964), «Estudio etnográfico del valle de Urraul Alto» (1966) (*estudio que realizamos ambos*), Guipúzcoa olvidada (1968), Guipúzcoa paso a paso (1969), aparte de mantener sus periódicos artículos en «El Diario Vasco» de San Sebastián, y los numerosos trabajos en *Munibe*, *Anuario de Eusko-Folklore*, *Cesaraugusta*, *Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas*, *Revista de Etnografía de Oporto*, etc., etc. Además de colaborar en diversos congresos de Etnología nacionales y extranjeros.

Aún conservo latente el agradable sabor que me produjo su obra Guipúzcoa olvidada, a la que dediqué una breve reseña en el *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País* (año XXIV, página 480) de 1968. Y ahora, casi simultáneamente con Guipúzcoa paso a paso, nos ofrece esta obra importante, ARTE POPULAR VASCO. La misma consiste en un resumen general del arte popular, centrado en las especialidades por él desarrolladas: la casa y la iglesia, y los motivos que se relacionan directamente con las mismas, además del pastoreo. Este libro está basado en las numerosas investigaciones de campo, es decir, con aportaciones propias, respaldadas con una bibliografía básica sobre el tema, y va ilustrado con interesantes dibujos de Juan Miguel Lugea, que enriquecen el conjunto de la obra.

Después de todo lo tratado sobre el particular, resulta casi imposible el poder aportar motivos originales. No obstante, la presente obra,

siendo propiamente de divulgación, tiene la particularidad de mostrarnos nuevos materiales, porque el autor ha sabido trabajar intensamente en recopilaciones directas en labor de campo y, como señalo, de la bibliografía sólo se ha valido en lo más indispensable para relacionar lo ya expuesto en este orden. Por esta razón, el presente libro constituirá una rica aportación de materiales, en su mayoría hasta hoy inéditos para los estudios etnográficos del país, al mismo tiempo de describir un conjunto general de los valores del arte popular en su relación con la casa y la iglesia fundamentalmente, de interés para el especialista y para cuantos deseen adquirir conocimientos sobre el tema. Hoy resultan de difícil acceso, por agotados, el volumen Arte Popular Vasco, del V Congreso de Estudios Vascos (Vergara 1930), y el publicado por la editorial Gurea de San Sebastián (sin año), así como Arquitectura popular, grafía y ornamentación de la rotulación vasca por P. y J. Zabalo (Buenos Aires, 1947). Por ello, la presente obra nos llega con oportunidad para cubrir la laguna existente.

No existe un arte popular estrictamente autóctono. Cuando se dice arte popular de un pueblo determinado, se alude a un conjunto de peculiaridades en el arte popular, que son los que dan carácter propio en la vida tradicional de ese pueblo. Todos los pueblos se enlazan desde sus puntos de contacto en intercambios culturales con préstamos, recíprocamente. Y todo particularismo, por muy original que sea, tiene un núcleo central, que

generalmente nada tiene que ver con el centro del país, y que como una mancha de aceite se difunde, diluyéndose hacia la periferia sin limitación de fronteras. Es más, el arte popular ha recibido influencias de la corriente de los estilos artísticos, introduciendo variadas modificaciones tanto en arquitectura (siendo más acusada en templos religiosos), como en el mueble, o en los motivos de ornamentación. Los artesanos han asimilado esas influencias del arte manteniendo en líneas generales la forma tradicional. Y las distinciones ocasionadas, aunque no siempre, sí a veces, nos ayudan a cálculos hipotéticos de años.

Los rasgos generales del arte popular tradicional son los que permanecen inalterables. Por ejemplo, los símbolos astrológicos, la ornamentación rectilínea, donde juega un papel importante el tipo diente de sierra, plantas de estilo peculiar, etcétera, etc., son detalles que se van repitiendo, generación tras generación, desde tiempos muy remotos.

Otras facetas del arte popular, como son los juegos, danzas, música y literatura, son especialidades que se han trabajado más, y que esperamos las trate Peña-Santiago en un próximo libro. El género musical y literario, junto con las danzas, constituyen quizás las manifestaciones folklóricas más ricas y variadas del pueblo vasco. Las recopilaciones y el cultivo son considerables desde tiempos atrás, y tratándose de arte popular que se relaciona perfectamente con el contenido del presente li-

bro, creemos de interés unas breves notas, a título informativo, de algunos materiales de fácil acceso.

La labor de recopilación de nuestro folklore fue iniciada por Iztueta (1767-1845) de modo sistemático, si bien hubo autores anteriores, como Oihenart, que nos dejaron numerosas noticias y materiales. A Iztueta siguieron los autores extranjeros Borrow, Fr. Michel, el suletino Sallaberry, y el guipuzcoano Manterola con sus canciones populares. Ya más tarde, Goyeneche, Barbier, Azkue, Barandiarán, Dufau, P. Donostia, Aranzadi, Apraiz, Veyrin, Yrizar, Lafitte, M. Lecuona, R. P. Riezu, A. Zavala, etc., etc. Además, Luis Peña Basurto, en breve, dará a la luz una monumental obra de danzas. En la misma especialidad, contamos con los estudios coreográficos Danzas de Euskalerrri, en tres tomos, por Gaizka de Barandiarán (San Sebastián, 1963-1969), y la revista Txistulari, que, como boletín de la Asociación de Txistularis, va recogiendo diversas facetas folklóricas, especialmente música y danza.

Pero el verdadero arsenal de música y poesías populares son: el Cancionero Popular Vasco de Azkue (Barcelona, sin año; segunda edición en Bilbao, 1968); las recopilaciones del P. Donostia, en tres volúmenes básicos (Eguberri abestiak —1921, Seaska Eusko-abestiak —1917, Euskal-eres-sorta —1921) editadas en Madrid; y el P. Jorge de Riezu, que está finalizando de editar las obras musicales del P. Donostia, proyectando a continuación editar sus estudios folklóricos. Hemos de recordar también, que el mismo P. Riezu dio a luz una anto-

logía selecta, bajo el título Flor de canciones populares vascas (Buenos Aires, 1948), por no citar otras de menor importancia.

En cuanto a la literatura popular, además del Cancionero ya citado, hay que resaltar Euskalerriren Yakintza, del mismo Azkue, obra en cuatro tomos, con traducción al castellano (Madrid, 1935-1947); las Hojas de Eusko-Folklore, de Barandiarán, reeditadas por Editorial Auñamendi, de San Sebastián, en cuatro volúmenes, bajo el título de El mundo en la mente popular vasca; y los libros del género del bersolarismo, en muchas ocasiones con música inclusive, que va publicando la colección Auspoa, de Tolosa, bajo la dirección de A. Zavala.

Estudios sobre el mismo tema: Literatura oral vasca, por M. Lecuona (1965), con adiciones a la edición de 1935; Gure bertsolariak, por Santiago Onaindia (1964); y Bosquejo histórico del bersolarismo, por A. Zavala (1964).

De esta literatura popular, como dice L. Micheiena en su Historia de la Literatura Vasca (Madrid, 1960), página 23: «se podría extraer un número suficiente de composiciones que no desmerecerían en absoluto en una antología de la poesía popular europea.»

Y ya que antes hemos citado a Iztueta, como iniciador consciente de las recopilaciones del arte popular (con motivo del segundo centenario de su nacimiento publiqué un trabajo en «La Gran Enci-

clopedia Vasca», tomo II, fascículos 7 y 8, pág. 427, en 1967, en el que le presentaba como precursor del jolklore vasco), quiero hacer constar, una vez más, que si bien sus estudios de danzas y melodías se han traducido al castellano, no ha sucedido lo mismo con su obra Gipuzkoako probintziaren kondaira (Donostia, 1847). Este libro viene a valer más desde el punto de vista etnográfico que del histórico, aunque la parte histórica no desmerezca demasiado de la costumbrista, aparte de ciertas fantasías muy en boga en su época, como la falsa leyenda del patriarca Tubal y de las guerras entre vascos y romanos, pero ello resulta bastante comprensible dentro del ambiente romántico de la época en que vivió. Y, sobre todo, si hemos de tener en cuenta que, aun en nuestros días, hay quien cree seriamente en la leyenda del patriarca Aitor, cuando éste no existió más que en la imaginación del romántico suletino Chaho

La segunda parte de esa obra, más los comienzos de la tercera parte, son destinadas exclusivamente a la vida y costumbres de la provincia, y desde la página 25 hasta la 255, expone materiales apenas aprovechados para los estudios etnográficos del pueblo vasco. Sólo una escasa parte es recogida y descrita por J. Caro Baroja, en Los Vascos. Lo escrito por Iztueta consiste en descripciones muy bien hechas, con minuciosos detalles, de la vida pastoril, vida labradora, y vida ferrera, comprendida entre finales del siglo XVIII y primeros del XIX; con sus hermandades y cifras estadísticas; nomenclaturas de la fauna, flora, e

instrumentos de trabajo y de juego; leyendas, juegos y costumbres, y todo ello descrito en prosa euskérica.

Una vez citados estos complementos básicos de nuestro arte popular, y volviendo de nuevo a la obra de Luis Pedro Peña, hemos de fijar bien claro que él se limita casi a la casa y a la iglesia, y a todo lo concerniente a las mismas (arquitectura, mobiliario, herrajes, ermitas, estelas discoideas, argizaiolas, ornamentación, grafía, etc.), como aporte de la labor desarrollada en largos años, pero sin dejar de presentarnos interesantes estudios sobre pastoreo y elementos de agricultura. Toca preferentemente los temas de artesanía popular, de los que, como queda dicho antes, se adolece de publicaciones con enfoque orientativo, salvo las obras especializadas en arquitectura popular, como son La casa navarra de L. Urabayen (Madrid, 1929), Las casas vascas de Joaquín de Yrizar (Bilbao, 1965), y La arquitectura del caserío vasco de A. Baeschlin (Bilbao, 1968, en su segunda edición), más algunos trabajos dispersos en revistas, y los que hoy vemos centrados casi exclusivamente en el Anuario de Eusko-Folklore, Bulletin du Musée Basque de Bayona, y Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra de la Institución Príncipe de Viana.

Peña-Santiago ha tenido un acierto en enfocar su material acumulado de tantos viajes, debidamente seleccionado, como obra general de ARTE POPULAR VASCO, estudio que por hoy está llamado a ser un texto importante para cuantos deseen in-

troducirse en esta materia, además del aporte inédito que supone para los ya introducidos.

Su juventud, capacidad de trabajo, viajero incansable con sentido observador, nos augura otras obras igualmente gratas e interesantes. Pues suyo es el adagio de D. Telesforo Aranzadi: «Otros pueden hacer mejor, pero nosotros hacemos».

JUAN SAN MARTIN

Eibar, 30 de noviembre de 1969.